

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Mayo de 1930 — Núm. 63

Raúl Silva Castro

JOSE CARLOS MARIATEGUI

POR el año de 1837 Peñalver escribía en *El Mundo*, diario madrileño, un *Mosaico*. El día 15 de Febrero del año dicho, la firma de Peñalver apareció al pie de sólo ocho líneas en que se daba cuenta de la muerte de Larra, que se había suicidado dos días antes. Y luego se leía una nota, cuya trágica simplicidad ahorraba todo comentario: *Hoy no sabemos ni podemos escribir el Mosaico*. Nada más; pero también nada menos. El vuelo de la fantasía roto bruscamente por la muerte del compañero querido. El ocio de la imaginación vuelto al divagar obstinado en torno a una idea fija. La literatura española había perdido un continente entero con la muerte de ese hombre. *Llórenle las letras, las ciencias y la amistad*—decía Peñalver. Y todavía le lloran porque era irremplazable.

¿No se puede decir otro tanto frente a la tumba de José Carlos Mariátegui? El escritor y pensador peruano que acaba de morir en Lima era un fermento intelectual tan poderoso que su acción dentro de la vida peruana apenas ha comenzado. En muchos años más seguirá recordándosele como precursor y animador sin par. Su obra no se puede medir por los dos volúmenes que llevan su firma, ni siquiera por la labor más popular y continuada de su revista *Amauta*, ejemplo de publicaciones periódicas en América. Su obra queda en la conciencia de su generación y debe empezar a traducirse en actos a medida que el tiempo avance acendrando los esfuerzos y los impulsos.

Mariátegui ha asistido a sucesos de una importancia enorme dentro del devenir político del Perú. A la ruina de los viejos partidos, a la disolución de las formas tradicionales de poder, han sobrevivido muy pocas cosas. Una de ellas, y no la menos importante, la vigilante atención de este hombre joven que clavaba su pupila febril en todos los hechos y los seres. Yo, que no lo conocí nunca, me lo imagino clavado en su sillón de inválido, mientras termina el día de la urbe. Los ecos de la ciudad le llegan a través de portavoces fieles. El amigo que le trae una noticia o un comentario, el conocido que lo saluda al paso, el diario que se compra, se hojea y se olvida, el libro que se lee con cuidado, lápiz en mano, las personas familiares que miman sus necesidades de enfermo. Todo eso le forma una especie de aureola de melancólica estampa. Así me lo imagino yo (cuando ya la luz del día se ha ido y no se desea seguir leyendo), hundir a lo lejos la mirada y ver el futuro. Para Mariátegui el futuro era luminoso, a condición—bien entendido—de aquilatar la sombra de hoy y, mediante una efectiva comprensión, dominarla. Y entonces en el porvenir radioso.

se alzan construcciones sólidas que desafían a los siglos. Los hombres se comprenden y no se hostilizan; no hay opresores ni oprimidos; la armonía reina en todas partes. ¿Sueños vulgares? Sí, todos los sueños se parecen y son vulgares, por lo tanto. Sobre todo cuando esos sueños son de los desposeídos del reino material que hoy prima y se ha encaramado sobre el otro, el inalienable.

Pero sepamos desde luego que Mariátegui había fundado sus sueños en una raigambre de hechos de textura tan fuerte que ninguna negación es capaz de romperla. Tanto *La escena contemporánea* como los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* son libros en que se transparenta la influencia del pensar marxista. Las comprobaciones se hacen en dos escenarios distintos: uno la Europa de la post-guerra, y más precisamente Alemania y Rusia convulsionadas por una revolución de raíz común, socialista, e Italia presa en las garras opresoras del fascismo cruel e irreverente. El otro, el Perú de hoy y de ayer, del presente y del pasado, en sus aspectos económico, étnico, agrario, educacional, religioso, administrativo y literario. Dos tierras, dos civilizaciones, dos historias. Es curioso anotar este sincronismo de la obra de Mariátegui, interrumpida de golpe por la trágica sombra. Sincronismo revelado por el propio autor en el prólogo de su libro último:

Y creo que no hay salvación para Indo América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fué en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino.

Pero no se entendería bien a Mariátegui si no se tuviera en cuenta otra de sus profesiones de fe, también contenida en esas líneas:

Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano. Estoy lo más lejos posible de la técnica profesional y del espíritu universitario.

Trágicas y nobles palabras que se traducen en realidad en toda su vida. Alejado de toda sinecura, Mariátegui hace una vida de anacoreta, reducido a la vez por su miseria y por su enfermedad. La miseria lo aleja de las frívolas contradanzas mundanas. El mal, la anquilosis, la degeneración ósea, lo encierra en un mundo intelectual. Desde la celda que es su habitación debe ver todo el mundo y asistir a su cambiante espectáculo. Su actitud, sin embargo, no es la del estirado espectador que no se interesa por el movimiento de los personajes sino que extrae de él la fruición estética. Todo lo contrario. Mariátegui quiere intervenir en el escenario, ama la acción, y aunque es un intelectual—o tal vez por eso mismo—la preconiza como triaca indispensable. Mariátegui incita y manda a la gente a la batalla. ¡Con qué melancólica resignación habrá visto partirse de su lado a esos jóvenes—Haya de la Torre, César Falcón, Valcárcel, Luis Alberto Sánchez, Antenor Orrego...—que harán lo que él no puede hacer! Lisiado, debe animar para la conquista del mundo espiritual. Inválido, tiene que repartir aliento entre los que siente débiles o remisos. Pero es el animador, y el ímpetu del espíritu le sobra tanto como la carne le huye.

Hay mucha crueldad en este dolor nuestro: Mariátegui sufría mucho en vida y hoy descansa. ¿Por qué nos lamentamos de que haya muerto? Y en verdad nos lamentamos y nos lamentaremos porque ha dejado la tarea apenas iniciada. Se necesitarán muchos hombres como él para proseguirla. ¿Quién los va a llamar? ¿Quién los disciplinará si él, que era el

gran disciplinador de las voluntades dispersas y de los esfuerzos minúsculos, ya no alienta? Si hubo un momento en el continente la posibilidad de llegar a una unión fué cuando Mariátegui mandaba sus voces a todos los países y en esas voces oíamos: «Unámonos. Es la manera que tenemos de defendernos. El imperialismo avanza. La injusticia crece. Unámonos.»

Hoy la antena emisora calla obstinadamente, y el mal sigue su obra. En este pobre continente disperso, desigual, lleno de rencores recíprocos y de incomprensiones, la unificación será más difícil. Mariátegui era uno de los pocos aglutinantes. Por encima de las distancias, de los accidentes geográficos y de las anécdotas diplomáticas, Mariátegui era uno de esos pocos silenciosos y obstinados obreros de la concordia americana. Su mirada avizora presentía la cercanía de la dominación imperialista. Su sensibilidad netamente americana, muy masculina y muy independiente, lo ponía en guardia contra la progresiva absorción. Para individualizar a su pueblo, como una defensa contra el imperialismo, se preocupó del indio. En su revista *Amauta* aparecía número por número una gaceta destinada al indio. Dos, tres, cuatro páginas en que se estudiaban los problemas de la gente de color que forma una parte tan considerable de la población peruana. En este trágico problema Mariátegui trataba de introducir un orden lógico y desde luego había enseñado a ver claro en él a un número nada pequeño de personas. ¿Cómo llegó hasta aquí? Por piedad humana.

Algunos años antes el joven que principiaba su carrera literaria en *Colónida*, junto al fortísimo Valdelomar que estampó su impronta en un nutrido grupo de escritores peruanos, seguramente no soñaba en la redención del indio. De ese grupo preciosista, que practicaba por gala una manera barroca de arte,

voluntariamente escindida de la muchedumbre, Mariátegui se fué apartando poco a poco. Su viaje a Europa fué sin duda el motivo primero. En contacto con el dolor de las masas convulsionadas por la guerra, que adoptaban las soluciones más peregrinas con tal de olvidar las angustias de los cuatro años sombríos, Mariátegui consolidó su fe en el hombre. Cuando volvió al Perú había terminado en él todo preciosismo. Entonces comenzó a plantear un arte netamente social, siempre al servicio de los ideales socialistas que eran los suyos. Un arte que tuviera a la vez contenido humano y ansiedad de perfección, que representara al hombre no sólo por el lado triste, inmaturo y torvo, sino también por el lado de las aspiraciones y de las sublimidades. En predicarlo gastó muchas energías. En defenderlo empleó no sólo su palabra personal sino también su cátedra de *Amauta*.

Las iniciativas intelectuales de Mariátegui se suceden a pesar de sus dolencias y de su progresiva invalidez física. Después de *Colónida* son *La Razón* (en compañía del activísimo e inteligente César Falcón, hoy en Madrid) y *Nuestra Epoca* y en seguida *Amauta* y *Labor* los cauces por los cuales la prédica de Mariátegui llega a la multitud. Nombres diversos de una sola y misma actitud, siempre noble, siempre desinteresada, siempre dispuesta al servicio. *Amauta* sobre todo lleva el timbre de una discreta miseria. El periódico aparece regularmente porque hay quienes escriben en él y sobre todo porque la voluntad de Mariátegui es inflexible. Pero las pérdidas de la impresión son copiosas y se acumulan. De cuando en cuando acuden los amigos de la revista y le entregan sus erogaciones para saldar los compromisos insolutos. Y así la obra sigue y no se extingue.

Pero la naturaleza física lo traiciona. Una intervención quirúrgica lo postra definitivamente en un sillón de ruedas; la fatiga le impide todo esfuerzo superior a cierto límite; la anemia le quita fuerzas.

Por otro lado, sospechoso a los ojos de una indiscreta policía, sufre persecuciones. Como no puede ser encarcelado, se le fija su casa por prisión y hasta se allana el domicilio y en él se buscan encarnizadamente proclamas y papeles comprometentes. Anheloso de libertarse, Mariátegui planea su viaje al extranjero. En Mayo pensaba estar en Buenos Aires. Otro ambiente, nueva vida. Libertad de pensamiento y—más tarde, si la suerte lo permitía—libertad de acción. Ilusionado, confiaba en sanar. En la capital argentina se pondría en manos de buenos facultativos. Y también de paso por Chile apretaría las manos de sus amigos. Dos mensajes suyos, que hoy tienen para mí una solemnidad como de ultratumba, me alcanzaron con poca distancia. Uno fué traído por una poetisa peruana, a quien Mariátegui me presentaba como uno de los valores más leales de su generación. En la carta, una alusión a su viaje por Chile. Otro venía con Luis Alberto Sánchez, su amigo de siempre, aunque contradictor a veces. Era nada más que una mención en una breve misiva. Pero ¡cómo esas palabras ocasionales se cargan de contenido! Este hombre tenía la mentalidad continental. No habría podido prescindir—para el equilibrio de su propia vida interior—de sus connacionales en América. Y con sutiles lazos iba urdiendo la tela de una comprensión más vasta.

De pronto un temblor paraliza la mano y confunde los hilos de la tela, rasga unos y deja flotantes al al viento los demás. Mariátegui ha muerto, dice el cable. Mariátegui ha muerto repetimos, en voz baja y con lágrimas en los ojos, los que fuimos sus amigos, aunque sin verlo nunca; los que entendemos el significado de su misión, aunque jamás nos fué dado sondear en su espíritu. Como Peñalver podemos decir otra vez: Hoy no sabemos ni podemos escribir el Mosaico.